

riamente lo que se vió obligada á abandonar despues, hubiera al ménos quitado el pretexto á las declamaciones. Ya hemos visto ser arrebatados los bienes de la iglesia sin cisma; con respecto á los ritos, ya se habia hecho una transaccion conciliadora con los griegos y con los hussitas; por lo que respecta á las indulgencias, no habia en discusion ningun punto absolutamente capital; y hasta entonces no estaban muy distantes unos de otros con respecto á los dogmas esenciales y misterios. Se podia, pues, esperar aún una fusion; Adriano VI y Melancthon eran propios para producir las por su carácter.

Pero bajo este pontífice mostró Roma realmente cuán corrompida estaba. Adriano, que habia conservado con su nombre sus antiguas costumbres, llevó en su comitiva á su pobre ama de gobierno, para que le sirviera como lo habia hecho hasta entonces. Más su sencillez y exactitud en decir todos los dias la misa parecieron ridiculas en el palacio acostumbrado al género de vida de los Médicis. Aquel pontífice, que entre los suyos tenia reputacion de protector de las letras, que habia allanado los obstáculos opuestos á la fundacion del colegio *trilingüe* en Louvain, fué considerado como un bárbaro por los literatos á quienes no asalariaba. Como le mostrasen el Laocoonte, exclamó: *¡Ídolos paganos!* y separó la vista de aquellas desnudeces clásicas. No fué necesario más para que huyesen escandalizados los literatos; y Pasquino representó al papa bajo la figura de un pedagogo, administrando disciplinazos á los cardenales como á niños de escuela. Si hubiera querido suprimir las ventas simoniacas, hubiera perjudicado á los que habian comprado legalmente el derecho de hacerlas. La abolición de las supervivencias en las dignidades eclesiásticas le suscitó grandes enemistades. Como extranjero, no tenia relaciones de parentesco, y no formó otras nuevas; porque antes de dar beneficios reflexionaba mucho tiempo, y dejaba de esta manera los puestos sin proveer. No teniendo á nadie que lo sostuviese, llegó hasta exclamar: *¡Qué desgracia que haya tiempo en que el hombre mejor intencionado se vea precisado á sucumbir!*

Aquel pontífice piadoso y lleno de celo, fué, sin embargo, considerado como un mal tan

grande como la peste que existia entonces: hicieron fiestas públicas á su muerte, y se colgaron coronas á la puerta de su médico, con esta inscripcion: *Ob urbem servatam.*

Es verdad que el momento más favorable para verificar una reforma es aquel en que es imposible diferirla. Ahora bien, no se podia remediar sino con el tiempo los abusos que el tiempo habia producido; pero lejos de querer aguardar á los reformadores, procedieron con la violencia de personas que quieren destruir; y las costumbres de los ritos y de los dogmas nuevos se introdujeron en las poblaciones; los sacerdotes casados se encontraron sujetos con el doble vínculo del interés y de las afecciones, y los niños se educaron en la nuevas creencias.

### CAPITULO III.

Países bajos.—España.—Portugal.

Así como Fernando el Católico, Carlos V habia buscado en la conquista de la Italia un medio de dominar en Europa; habia dado con esto importancia á las armas españolas y sofocado la libertad. Separada ya la España del imperio procuraba conservar aquella supremacía apoyándose, no en fuerzas extranjeras, sino en su situacion y en su propio génio. Pero Felipe II, cuyo padre en vano habia procurado conciliar el amor de los alemanes y de los españoles, no obtuvo siquiera el de sus compatriotas. Lejos de tener el génio cosmopolita de Carlos, se manifestó enteramente castellano, no habló más que su lengua ni quiso otra religion ni constitucion que la española. Heredero de la mitad del mundo, caminó de prosperidad en prosperidad por espacio de cuarenta años; tuvo consejeros de una habilidad admirable, capitanes de génio y de valor á toda prueba; su infantería fué la mejor, y su marina la más poderosa que hubo en Europa. En todas partes batió á los insurrectos, conquistó á Portugal y consiguió las dos insignes victorias de Lepanto contra los turcos y de San Quintin contra los franceses. Sus inmensas colonias le proporcionaron inagotables tesoros. La literatura nacional tuvo en su reinado su siglo de oro; y sin embargo, con él comienza la declinacion del Austria y la deplorable ruina de España.

No era ya en constituir una monarquía uni-

versal en lo que pensaba, sino en inquietar á los reinos más bien que en conquistarlos. Siendo su intencion hacerse absoluto en sus estados y fuera de ellos, no por la guerra sino por las elucubraciones de la política, y volver la Europa al catolicismo con la violencia, aparece en las historias de la época como espantajo de toda libertad, y cómplice de todas las tentativas de despotismo. Extendió por Alemania, Francia é Inglaterra los millones adquiridos á precio de la efusion de sangre americana, para comprar allí torrentes de sangre cristiana. Creia fuerte su voluntad porque era obstinada, y habiéndose puesto al abrigo de los remordimientos con la devocion, se forjaba un deber á su modo. La independencia religiosa era á sus ojos un crimen de lesa majestad; por esto fué su principal aliada la Inquisicion, cuyos rigores parecian justificados ó excusados por los males que la herejía habia producido en Alemania y Francia. Como asistiese á un auto de fé, contestó á uno de los condenados que le hacia un cargo por tolerar tan bárbaro suplicio: *Se lo haria sufrir á mi hijo si fuera hereje.*

Su celo por introducir en todas partes la Inquisicion produjo la rebelion de los Países Bajos, acontecimiento el más importante de su reinado. El nombre de Holanda (*Hol land*, país sumegido), indica la naturaleza de aquella comarca, formada de la llanura que desciende al mar de Alemania, y está en varios puntos hasta bajo el nivel del mar. El hombre está allí, pues, destinado á luchar sin cesar contra la naturaleza, dirigiendo las aguas por infinidad de tarjeas para fecundar el terreno formado sobre piedra, y oponiendo poderosos diques al Océano, que en sus momentos de calma, balancea sus olas más elevadas que los techos de los industriosos habitantes. Se encuentran allí como en una ciudad sitiada sus atentos vigias, dispuestos á dar la señal de cerrar las salidas y salvarse si el terrible elemento llega á inundar algun punto. No hay año que no se abra paso por uno ú otro lado; entonces la desolacion se extiende por toda la campiña, en la que resuenan gritos de alarma y el sonido de la campaña. Todos se apresuran á apoderarse de los objetos de su afecto, cargarlos en barcas y huir, bogando por encima de las casas y jardines donde habian esperado gozar con ellos de feli-

cidad. Todos los hombres hábiles se dirigen al punto donde se ha verificado el rompimiento para oponerse á la inundacion, trabajando de dia al ardor del sol, y de noche á la claridad de mil luces, y apresurándose, con ayuda de nuevos terraplenes á rechazar al Océano hasta sus antiguos límites, para comenzar á disputarle pié por pié aquellas tierras pantanosas que amenaza continuamente con sus olas.

Inmensos diques construidos de piedras y troncos de árboles en un país donde no hay selvas ni canteras, atraviesan el territorio, donde sirven de caminos. Por otra parte, los motes de arena invaden los terrenos cultivados; pero el hombre los detiene oponiéndoles plantaciones. Los nombres terminados en *dicjk* y en *dam*, tan numerosos en aquellos puntos, indican los lugares que han salido de las aguas; y Luis Guicciardini dice que hasta 1048 la estipulacion de los contratos se hacia para el caso en que el mar no se llevase el fondo en el espacio de diez años. Añadamos que esta inundacion se renueva tres ó cuatro veces cada siglo dejando lagos donde se habian formado jardines, é islas donde flotaban navíos. Cuéntanse desde 516 hasta 1273 cuarenta y cinco sumersiones: desde esta época, las más memorables son las de 1287, 1421, 1446, 1552, 1557, 1570, 1659, 1718, 1776, y 1825. La de 1287 sepultó á ochenta mil hombres; el 48 de Noviembre de 1421, las olas se extendieron por una extensa llanura y sumergieron setenta y dos aldeas con cien mil habitantes. No quedan más que algunos islotes en el sitio donde se encontraba la ciudad de Dordrecht; en 1570 se ahogaron cien mil personas; pero despues los holandeses triunfaron de su enemiga. Sin embargo, en nuestros dias parece ha querido rebelarse, y volver á recobrar lo que le habian arrebatado; en 1776 se abrió el mar un paso de más de cien piés de ancho en la Frisa, y se emplearon todas las velas de los barcos destinados á la pesca de la ballena para cerrar las fugas de los diques. El 3 y el 4 de Febrero de 1825 acaecieron nuevos desastres: más de treinta aldeas de la Güeldre y de la Frisa fueron cubiertas por las aguas, con cuatro ó cinco mil fanegas de tierra. Dicese que perdieron la vida cincuenta y dos mil personas.

La frecuencia de los desastres hizo que se

estableciere entre los holandeses el espíritu de asociación, de asistencia mútua; así es que los cultivadores, reducidos á la miseria por las inundaciones, encuentran prontos y generosos socorros.

Excesivamente sóbrios, moderados, amantes del trabajo, instruidos, y por consecuencia ménos inclinados al crimen, enemigos del lujo y de toda profusion inútil, los holandeses aman la limpieza, las colecciones de flores y cosas raras; saben sacrificar lo presente al porvenir, y esto es lo que hace que empleen grandes capitales en empresas, cuyos resultados se hacen aguardar mucho tiempo.

El holandés contrae en medio de las vicisitudes, á las cuales está expuesto, la tenacidad que le distingue entre los demas pueblos de la Europa moderna, la habilidad en obtener, la perseverancia en observar. De esta manera es como ha conseguido hacerse con el mar, objeto constante de terror para él, un medio de poder, y dominar en los territorios más remotos.

Circunstancias particulares ayudaron á su prosperidad. En 1198, Houloz descubrió el carbon fósil que producía el territorio. El pescador flamenco Juan Beukels mereció una estatua por haber encontrado en 1416 el medio de salar y prensar el arenque, que es la riqueza del país, y puesto de esta manera á sus compatriotas en estado de proveer de este artículo á todo el mundo. En 1230 una revolucion natural separó á la Holanda septentrional de la Ostfrisa, de la que antes no estaba dividida más que por un lago, á través del cual pasaba un brazo del Rin. Habiendo sido rechazadas las aguas del río hasta el mar del Norte, sumergieron todas las tierras situadas al Norte del lago, que es el llamado en el día de Zuyderzec, y al cual ha debido Amsterdam su prosperidad.

No fueron menores las agitaciones políticas en este país que los movimientos de la naturaleza. Los gobernadores colocados en él por los sucesores de Carlo Magno, se habian hecho independientes bajo los nombres de condes de Holanda y Flandes, de duques de Brabante y Güeldre, sin contar el obispado de Utrech y la Frisa, que formaban casi un reino. Una gran parte de los Países Bajos pertenecía al antiguo reino de Lorena; de aquí procedió el que fuesen reunidos á Alemania hasta del momento en

que los duques de Borgoña los separaron de ella (1373). Habiendo tocado en herencia á Felipe el atrevido, hijo del rey de Francia, Juan I, el ducado de Borgoña, contrajo matrimonio con Margarita, hija de Luis II, último conde de Flandes, y en su consecuencia heredó con aquella provincia el Artois, el Franco Condado, Nevers, Rethel, Malines y Amberes (1428). Felipe el Bueno, su nieto, compró el condado de Namur (1433); heredó los ducados de Brabante y de Limburgo; obtuvo de Jacquelina de Baviera, por tratados, los condados de Hainaut, Holanda, Zelandia y Frisa (1443); ocupó el Luxemburgo por un convenio hecho con la princesa Isabel (1478), sobrina del emperador Segismundo y Carlos el Temerario le unió despues el condado de Zutfen.

En un principio la Holanda habia sido eminentemente caballeresca, y habia dado á Jerusalem sus primeros reyes y á Constantinopla su primer emperador en la cuarta cruzada. Pero despues sucumbió el feudalismo bajo una nobleza comerciante, y las ciudades, cuyos privilegios se habian aumentado con la debilidad de los señores, cifraron su gloria en el comercio. Ciento cincuenta barcos mercantes entraron en el puerto de la Eclusa en un solo día del año 1468; quince compañías de comercio existian en Bruges, además de las factorias anseáticas. Despues, cuando en tiempo de Maximiliano de Austria, un bloqueo de diez años arrojó la Eclusa, Amberes se aumentó á sus expensas, y llegó á ser, gracias á su río, en el que pueden fondear barcos de alto bordo, la ciudad más comerciante de la cristiandad; dos ferias, que duraban sesenta días cada una, reunian allí todos los años á gran número de mercaderes. Cuando las vías del comercio cambiaron, los portugueses hicieron el de las especias, que los italianos se veian obligados á ir y comprar, al mismo tiempo que los anseáticos trasportaban los géneros del Norte; resultó de esto que la ciudad contuvo pronto cien mil habitantes; que en su puerto fondeaban todos los días cerca de trescientos barcos; que cada semana se veian llegar dos mil carretas de Alemania, Francia y Lorena, y que en un mes habia más negocios de cambio que Venecia en dos años. Al comercio se añadieron las manufacturas de telas, encajes y quincallería; de

esta manera llegó á ser el país uno de los más ricos y poblados del mundo; algunas ciudades pudieron armar hasta veinte mil hombres, y en el siglo XV se contaban trescientas cincuenta y ocho ciudades, de las cuales doscientas estaban amuralladas, y seis mil trescientas aldeas con campanario, al paso que en tiempo de los romanos no existian en los mismos lugares más que una docena de aldeas y algunos campamentos.

Los habitantes asociaban al lujo la templanza, y tanto entonces, como en el día, la limpieza, el deseo de verlo todo aseado y brillante era su manía. Cuando Felipe el Hermoso hizo su entrada en Brujes, admirada su mujer de los trajes elegantes de aquellas mujeres de mercaderes, exclamó: ¡Cómo! Creía ser la única reina, y las encuentro aquí á centenares. Margarita, mujer de Eurique IV, se maravilló al ver el palacio del obispo Erardo de la Marck, «tan bien dorado y con tantos mármoles, que no se puede imaginar nada más magnífico y delicioso.»

De esta manera era como los Países-Bajos adquirian sin cesar mayor prosperidad cuando el matrimonio de María, hija de Carlos el Temerario, con Maximiliano, valió á la casa de Austria once provincias, á saber: los ducados de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo; los condados de Flandes, de Hainaut, de Namur y Artois, de Holanda y de Zelandia; el marquesado de Amberes y el señorío de Malines. Felipe, nacido de aquella union, y Carlos V, su hijo, le añadieron la Frisa y Utrech con Overyssell, la Güeldre con Zutfen, Groningue y Cambray; Carlos V le unió tambien el Franco-Condado, y formó de todo un principado reunido al imperio bajo el nombre de círculo de Borgoña (1548).

Aunque estos países estuviesen gobernados por un *stathouder* ó vicario, el vínculo que los unia era débil, porque cada uno tenía sus estados á parte, y compuestos de una manera diferente; pero los tres órdenes enviaban representantes á los estados generales. Gozaban de varios privilegios, entre otros el de no recibir nunca tropas extranjeras. Además, la pragmática de Carlos V (1549), estableció que serian indivisibles, y los sometió á la proteccion del imperio y á la obligacion de la paz pública, aunque tuviesen que permanecer soberanos é

independientes de la jurisdiccion del emperador y de la cámara de Viena.

Durante la menor edad de Carlos (1530), Maximiliano delegó para gobernarlos á Margarita, su hija, viuda del duque de Saboya, que residió allí hasta su muerte. Carlos conocia bien la importancia de los Países-Bajos, y amenazaba meter á Paris en un *Guante* (Gante). Decia tambien: *Mi país será siempre el más rico mientras que las mujeres de Flandes tengan dedos.* Pero aquellos pueblos eran celosos de sus privilegios y detestaban la arrogante gravedad de los españoles; así fué que por mas que el emperador les invitó á participar de sus empresas, se presentó hasta diez veces entre ellos, y hasta parecia que los preferia á la nobleza castellana, cada vez experimentó mayor dificultad en enfrenarlos y en sofocar las quejas producidas por las extraordinarias contribuciones, que es verdad que ascendieron hasta 40.000.000 de escudos de oro.

En este estado, se introdujeron en el país con el comercio las ideas de los innovadores; Edgard, conde de Ostfrisa, dió á conocer desde un principio los escritos de Lutero, ya bien acogidos por otros príncipes. Al mismo tiempo, la necesidad de aumentar la poblacion hacia que se recibiese voluntariamente á los protestantes fugitivos de los demas países. Carlos se asustó de aquellas disposiciones, y lejos de prestarse á la connivencia que usaba en Alemania, prohibió tener en su casa y leer las obras de los heresiarcas, como tambien predicar sobre los textos bíblicos ó interpretarlos sin autorizacion, só pena de muerte, con intimacion á los magistrados y funcionarios de prestar ayuda á los inquisidores. Si se han de creer indiferentes relaciones, hizo quemar, ahogar, enterrar vivas á cincuenta mil personas el año de 1560; pero nos inclinamos á pensar que hay exageracion, aun cuando se refieran las circunstancias y se citen los nombres. Pero sus edictos de extremada severidad subsisten, y tuvieron, como por lo comun, por efecto multiplicar los prosélitos é impulsarlos á excesos. Los anabaptistas y otros fanáticos excitaron turbulencias; al mismo tiempo los negociantes alemanes é ingleses huían asustados de Amberes y de los demas puertos; pero en fin, la princesa María, hermana de Carlos V,

á quien se había instituido regente, obtuvo que los extranjeros y negociantes no fuesen nunca juzgados por la inquisición.

El nombre de Carlos V era, pues, execrado en aquellas provincias, áun cuando no pensasen todavía en rebelarse; porque había dado un gran impulso á su comercio contribuyendo á destruir el poder de la liga Anseática y abriendo todos los puertos del mundo; los había elevado á la categoría de las primeras monarquías de la Europa con unirles la Borgoña; y había reprimido las discordias civiles, que hacía tanto tiempo tenían en hostilidad continua á la Güeldre, la Frisa, Utrech y Groningue. Además Carlos había nacido en Flandes, su gloria reflejaba sobre aquel país, y hemos experimentado nosotros mismos cuantas opresiones hace sufrir la gloria.

Cuando Carlos V abdicó en favor de Felipe II (1556), Margarita, duquesa de Parma, hermana natural del nuevo rey, fué á gobernar los Países Bajos; pero bajo la absoluta dirección de Antonio Perrenot de Granvelle, obispo de Arras (1555), hombre cuyo orgullo y despotismo igualaban á su capacidad.

Felipe confirmó las rigurosas órdenes de su padre contra los reformados; Carlos V había establecido en 1522 en el Brabante á un inquisidor lego, asistido de algunos eclesiásticos; Clemente VII delegó al efecto á tres, y Pablo III los redujo á dos. Pero no eran extranjeros ni dominicos; sus decretos parecían menos arbitrarios, su procedimiento menos misterioso; además los nombres producen algunas veces más efecto que la misma cosa. Quiso establecer Felipe la Inquisición en aquellos países sobre el modelo de la de España. Cuando las ciudades se opusieron resueltamente á esta medida, envió al país tropas extranjeras y recaudo dinero para su entretenimiento. Cuando se vió requerido de reitrarlas, con arreglo á la constitución, trató de eludir la dificultad ofreciendo el mando de aquellos extranjeros á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, gobernador de Utrech, de Holanda y de Zelanda, y al conde de Egmont, stathouder de Flandes y de Artois, que había adquirido fama en la batalla de San Quintín. Ambos se negaron y se convirtieron en centro de la oposición. El conde de Egmont era franco, sincero, belicoso, y

el príncipe de Orange estaba dotado de una alma fuerte bajo una apariencia vulgar, como si hubiese esperado la ocasión de manifestar su grandeza.

Felipe II era deudor á los nobles holandeses de sus victorias contra la Francia, pero esto no le impedía maltratarlos. Después de haberse arruinado al servicio de Carlos V, ellos que estaban acostumbrados al lujo, se encontraban en la paz inferiores á los ricos vecinos y despreciados al mismo tiempo por el rey. Además Felipe aumentó el número de los obispos á diez y siete, de tres que eran, despreciando de esta manera á los abades, y multiplicando los tribunales de las conciencias para colocar personas de su devoción. Hizo dar á Granvelle el capelo de cardenal, y nombrar al arzobispo de Malines primado de los Países Bajos.

Reconocieron los católicos y protestantes, que Felipe trataba de establecer en el país un gobierno inquisitorial, de la clase del que existía en España, y se quejaron de que se confiaban los empleos á españoles; presentóse una petición á Margarita, firmada por cuatrocientos caballeros; después sobrevinieron numerosas quejas de todas las órdenes; de los eclesiásticos por la creación de nuevos obispados, del pueblo por la Inquisición, y de todos por la violación de sus constituciones. No se escucharon los agravios; pero los que los habían formulado no perdieron su recuerdo, y los *reverykers*, sus poetas populares, propagaron el odio contra un gobierno opresor.

En medio de aquella agitación (1539), publicaron los reformados su confesión de fé en treinta y siete artículos, que indicaba una tendencia hácia el calvinismo, y que admitiendo la presencia real en la Eucaristía, proclamaba la igualdad entre los ministros; poco después, el príncipe de Orange y el conde de Egmont se unieron al almirante Felipe de Montmorency, contra Granvelle. Es cierto que continuaban las protestas de fidelidad á la España, pero Felipe, que no entendía nada de comercio y que consideraba toda queja como una rebelión, se obstinó en no reemplazar al cardenal ministro. Estos dos señores declararon en consecuencia que se abstendrían en adelante en asistir al consejo de Estado, para que no pareciese que tomaban parte en actos tiránicos.

Vióse, pues, Felipe obligado á volver á llamar á Granvelle; pero en cambio dispuso la entera ejecución del concilio de Trento y de las leyes inquisitoriales de su padre. *Más vale perder á sus súbditos que reinar sobre herejes*, decía; por eso rechazó continuamente las opiniones de los protestantes, tanto más, cuanto conocía que si concedía la menor cosa á los holandeses, no dejarían los españoles de exigir otro tanto. Gobernó en su consecuencia con una crueldad sistemática, desaprobando, tanto á su padre que había manifestado tolerancia, como á la Francia que no obraba como él. Dícese, además, que habiéndose visto en Bayona la reina de Francia y la de España (1565), resolvieron exterminar á los protestantes, y concertaron entre sí los medios de conseguirlo.

Que sea el hecho cierto ó no, el príncipe de Orange se unió á doce nobles que se prometieron asegurar la libertad nacional. Pronto multitud de caballeros, tanto católicos como reformados, se reunieron á ellos, y se animaron unos á otros con nuevo ardor en las diferentes asambleas; presentáronse después en cuerpo en Bruselas, vestidos con trajes comunes y uniformes, para suplicar á Margarita suprimiese la Inquisición. Habiendo dicho á la regente Barlaimont, *¿Pues qué, tenéis miedo de esos miserables?* adoptaron este nombre, y en señal distintiva llevaban una medalla de oro, que por un lado tenía el busto del rey y por el otro unas alforjas sostenidas con dos manos, con estas palabras: *Fiel al rey hasta las alforjas*. Otros adoptaron una escudilla de madera colgada de una cinta de plata; pero el conde de Egmont la hizo reemplazar después con esta divisa: *Concordia reo parva crescunt*.

Muy distante estaba Felipe de sus súbditos para ver sus necesidades con sus propios ojos, demasiado obstinados para apreciar sus agravios, y estaba persuadido, como José III, de que *el fuego de la rebelión no puede apagarse sino con sangre*. Habiendo concedido la duquesa la autorización de ahorcar á los herejes en lugar de quemarlos, le pareció que la dignidad real se encontraba comprometida.

No había longanimidad que existiera en él. Cansados los reformados de ver despreciadas sus reclamaciones, perdieron la paciencia; asociáronse en número de varios millares, tomaron

las armas y se arrojaron sobre Amberes; vengándose con el cielo de los males causados por los hombres, rompieron las imágenes y las cruces, asolaron los conventos, y en un sólo día llevaron el estrago á cuatrocientas iglesias, sin que se libertase la maravillosa catedral y sus setenta altares.

Como semejantes excesos indisponían á los católicos comprometidos, pudo Margarita, fomentando los odios, debilitar la oposición, y la fuerza que recobró de esta manera le permitió desplegar severidad. Ya se decía que llegaban tropas de España; por otra parte, los luteranos negaban á los insurrectos los socorros que pedían, en atención á la diferencia de opinión que los separaba de ellos. Retiróse, pues, el príncipe de Orange, el conde de Egmont se reconcilió con la corte, y cerca de cien mil ciudadanos se refugiaron en Alemania ó Inglaterra, adonde llevaron su industria. Entonces pudo Felipe lisonjearse de haber restablecido el orden y la religión.

Pero aquella emigración tan numerosa había dejado despoblado el país y destruido el comercio; en su consecuencia escribió la regente de España para que se le dictasen las medidas que había de adoptar. Era la cuestión, saber si serían dictadas por la clemencia ó por la severidad. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, persuadió á Felipe que los ánimos no se habían apaciguado sino por temor, que pronto estallaría de nuevo el incendio, y que en su consecuencia era necesario emplear rigurosos medios de represión. Aunque la regente predijo que resultaría una guerra larga y terrible, el duque de Alba reunió en Ginebra ocho mil setecientos ochenta infantes y mil doscientos caballos, ejercitados en maltratar á los italianos, sin contar tres mil seiscientos alemanes que valían mucho más. Eligió por maestro de campo á Chiapino Vitelli, y por comandante de la artillería á Gabrio Serbellone; después entró en el territorio de los Países Bajos con poderes tan extensos, que Margarita dió su dimisión.

El duque de Alba era uno de los hombres más eminentes de España, excelente capitán, sin igual en el arte de establecer un campamento, tan pródigo de su vida como avaro de la de sus soldados, era muy severo en todo lo

concerniente á la disciplina. Los acontecimientos le encontraban impávido. Muy hábil en conducir una intriga, sin miedo ni piedad, sin ambición, avaricia, ni liberalidad con sus inferiores, se manifestaba desdeñoso con sus iguales, poco respetuoso con sus superiores, fué detestado de Carlos V y de Felipe, á quienes, sin embargo, prestó eminentes servicios. *Es necesario pescar*, decía, *los salmones y los peces grandes, y no las truchas y las sardinas*. En su consecuencia, invitó á comer al conde de Egmont y al almirante conde de Horn, y los puso presos. Al momento estableció un tribunal para que instruyese, bajo su presidencia, el proceso á todo el que hubiese tomado parte en las turbulencias ó no se hubiera opuesto á ellas; hubiese firmado manifestaciones contra la Inquisición, recibido en su casa predicadores reformados, ó sólo dicho que valia más obedecer á Dios que á los hombres. Las condenas no variaban más que de horca en hoguera, de galeras en descuartizamiento. La Inquisición de España, á la que Felipe había llamado á decidir, declaró (decretos sin ejemplar), culpable de herejía, y en su consecuencia de lesa majestad, á todo el que no estuviese exceptuado nominalmente.

Los condes de Egmont y de Horn fueron del número de los víctimas, no porque resultarían culpables en el proceso, sino porque era necesario hacer un gran ejemplar, para manifestar que no se tenía miedo. Otros varios personajes de elevada categoría les precedieron y siguieron al suplicio; el hijo mayor de Guillermo de Orange fué preso y enviado á España, donde sufrió veintiocho años de cautiverio. Su padre, más temido que él porque sabia callarse, consiguió huir, reunió tropas é invadió el país (1568); pero los alemanes que tenía á su sueldo con su insubordinación, y el duque de Alba con sus contemporizaciones, le precisaron á batirse en retirada, lo que dió lugar á nuevos suplicios contra los que habían hecho votos en su favor. Quedó la Flandes sumergida en el silencio y en el terror.

Entonces el duque de Alba formó el proyecto de no descuidar nada y exterminar á los reformados. Construyó en Amberes y Amsterdam fortalezas que causaron la ruina del comercio; introdujo el concilio de Trento, y la

Inquisición, y hasta quiso poner una contribución fija de un décimo sobre los bienes muebles, y de un vigésimo sobre los inmuebles. Pero el pueblo que había sufrido el asesinato de sus jefes, se irritó con aquella tasa, que recayendo sobre las más pequeñas ventas, multiplicaba las vejaciones, se negó á pagarla y cerró las tiendas. El duque de Alba, hizo erigir en Amberes una estatua que le representaba, y á sus pies los dos estados de la provincia; disponíase á hacer levantar nuevos cadalsos, cuando el príncipe de Orange le detuvo en sus sanguinarios triunfos.

No debemos representarnos á aquel príncipe como á un patriota desinteresado; buscaba, haciéndose republicano y protestante, los honores que no había podido obtener como católico y cortesano; pero dotado de una mirada justa y observadora, sabiendo dominar sus pasiones, y conservar la moderación en medio de los furros generales, su génio salvó á la Holanda. Buscando por todas partes enemigos á la España, excitó los celos de la Alemania contra la ambición austriaca, é hizo comprender á los reformados de todos los países cuán importante era para ellos sostener la Flandes.

Habiéndole aconsejado el almirante Coligni formar fuerzas marítimas, dió como señor de Orange, cartas patentes á los nobles de los Países Bajos para capturar los barcos españoles que volvían de América cargados de oro. De esta manera saquearon con el nombre de *picaros de mar*, inmensos tesoros, y se hicieron temibles en el Océano. Guillermo, conde de la Mark, su almirante, apellidado el Jabalí de las Ardenas, se apoderó de Briel ó Brille, en la isla de Woom, llave de aquellos sitios marítimos; aquí comienza la cuna de aquella república, formada de pequeñas provincias pantanosas, amenazadas sin cesar por el mar, que no obstante resistieron al rey más poderoso de su siglo y al más hábil político, y detuvieron los prodigiosos acrecentamientos, primero de la casa de Austria y despues de la de Borbon.

Al momento las ciudades se declararon á porfía, pero el príncipe de Orange, acogiendo con los brazos abiertos á las tropas que venían á libertarlos del diezmo, fué saludado stathouder en la primera asamblea que hubo en Dordrecht; despues sorprendió á Getruideberg, y

consiguió una victoria naval en Zuyderzee. El mal éxito hizo perder la reputación al duque de Alba, que anciano y escaso de salud pedía su relevo. Decía, para dar una prueba de su justicia, que había hecho ejecutar en el espacio de seis años diez y ocho mil seiscientos herejes y rebeldes. Felipe le recompensó olvidándolo.

Luis de Requesens, que le sucedió, era por el contrario, afable y moderado. Derribó la estatua de su predecesor, y proclamó el perdón en el momento en que la nación conoció que ya no tenía necesidad de él. No pudo reunir dinero, y cuando quiso emplear las armas, no experimentó más que reveses. Los habitantes de Leida, á quienes sitiaba, le contestaron cuando les intimó que se rindieran: *No lo esperéis, mientras oigais ladrar un perro; despues cuando los hayamos devorado todos, aun nos quedará nuestro brazo izquierdo que comer mientras nos sirvamos del derecho para pelear*. Pero el príncipe de Orange rompió los diques, y las olas sumergieron á los españoles que sitiaban la ciudad. Leida obtuvo en recompensa y como en indemnización, una universidad que fué, despues de la de Ginebra, la segunda de los reformados.

Los moros y los judíos, que habían salido de los países sometidos á España, se refugiaron en los Países Bajos. Rotterdam y Amsterdam recogieron á los judíos arrojados de Amberes por el duque de Alba. Introdujeron allí industrias muy útiles y especialmente afamadas, entre otras la preparación del alcanfor y del borax, como también fábricas de tintes. Establecieron los seguros en gran escala, y hasta para los mismos enemigos se constituyeron allí barcos.

Vióse precisado el inflexible gabinete del Escorial á negociar con Holanda y Zelandia; pero como ni una ni otra parte querían ceder en materia de religión, no produjeron ningún resultado las negociaciones. Sin embargo, emancipadas ya las dos provincias, no podían entenderse sobre la reforma de gobierno; y en fin, se convino en que mientras durase la guerra, la supremacía civil y militar se ejercería en nombre del rey, con la única condición de consolidar la reforma sin perseguir, no obstante, á nadie por opiniones religiosas.

Habiendo muerto entonces Requesens, que administraba con habilidad, se insurreccionaron, reclamando su sueldo, las tropas mercenarias, azote de todas las guerras; apoderáronse de Amberes y Maestricht, y saquearon aquellas dos ciudades, cuya riqueza hemos ya descrito. Pensaron entonces las provincias en buscar su seguridad en la unión. Los estados de Brabante, Flandes, Artois y Hainaut, las ciudades de Valenciennes, Lille, Douay, Orchies, Namur, Tournay, Utrecht y Malines, á las cuales pronto se unió la Frisa, y por último Amsterdam, convinieron en asistir recíprocamente, desembarazarse de las tropas españolas, restablecer la religión, y volver las cosas al punto en que estaban antes de la llegada del duque de Alba. Los estados se negaron á recibir por gobernador general á don Juan de Austria, bastardo de Carlos V, vencedor de las Alpujarras y de Lepanto, á quien Felipe II detestaba acariciándolo, á menos que no despidiese las tropas extranjeras y se adhiriese á la pacificación de Gante. Cuando satisfizo esta condición con el *Edicto perpétuo*, se le prometió fidelidad, y obtuvo dinero (1577).

Pero aquel príncipe, que enarbolaba por insignia una cruz con estas palabras: *Con este signo he vencido á los turcos y venceré á los herejes*, impulsaba al rigor á la corte de Madrid bajo apariencias pacíficas. Exaltado con la victoria de Lepanto, ambicionaba una corona, y segundado por el papa intentó procurársela en Tunez, Inglaterra y los Países Bajos. Pero acostumbrado á expediciones rápidas se estrelló contra la diestra y profunda política del príncipe de Orange. Habiendo entregado á éste el rey de Francia Enrique III una violenta carta de don Juan, que había sido interceptada, le proclamaron los Estados destituido de su título, y se prepararon de nuevo á pelear; fueron ocupadas ó desmanteladas las fortalezas, y elegido *rumard* del Brabante el príncipe de Orange, con un poder dictatorial. Siguióse una guerra con diferentes probabilidades, durante la cual, sospechoso Felipe de que don Juan se entendiese con los flamencos y los ingleses para formarse un principado independiente, murió naturalmente ó por un crimen (1578).

Fué reemplazado por Alejandro Farnesio, que